

ADMINISTRACION.

6, PINO, 6,
BARCELONA.

PUNTOS DE SUSCRICION

BARCELONA.

En la Administracion, 6, Pino, 6, y en las principales librerías.

MADRID.

San Martin, Puerta del Sol, 6, y en el resto de España y Américas en casa de todos los corresponsales de esta Administracion.

PARIS.

C. Borraní, Rue Saints Pères, 9 y Havas Fabra, place de la Bourse, 8.

LONDRES

Eug. Micoud & C.ª 139. Fleet Street. F. C.

MILAN.

Para toda la Italia, Fratelli Dumolard.

Pedidos y reclamaciones á la Administracion, 6, Pino, 6, Barcelona. Pueden hacerse las suscripciones desde fuera, dirigiéndose á la Administracion y acompañando su importe en sellos de correo.



PERIÓDICO POLÍTICO JOCO-SÉRIO

SE PUBLICA A LO MENOS UNA VEZ CADA SEMANA

LA MOSCA, número corriente cuesta 15 céntimos de peseta en toda España.—Queda absolutamente prohibido á los revendedores exigir un precio mayor por ella.

PRECIOS de SUSCRICION.

BARCELONA.

Tres meses. 8 Rs.
Seis meses. 16 »
Un año. 32 »

PROVINCIAS.

Seis meses. 20 »
Un año. 40 »

ULTRAMAR Y ESTRANJERO.

Seis meses. 40 »
Un año. 80 »

NÚMERO SUELTO CORRIENTE, ORDINARIO

En Barcelona, 4 CUARTOS.

En el resto de España, 15 Cs. de Pta.

NÚMERO ATRASADO,

En toda España, 25 Cénts. de Peseta.

REGALOS A LOS SRES. SUSCRITORES

Todos los suscritores recibirán el número envuelto en una elegante cubierta, papel de color, conteniendo un extenso catálogo de las últimas novedades bibliográficas.

Además, verificándose la suscripcion por 1 año, pueden obtenerse las ventajas siguientes:

- 1.ª—Rebaja de un 10 por 100 sobre todas las obras que publique la administracion de este periódico. 6, Pino, 6, Barcelona.
- 2.ª—Regalo del *Almanaque de la Mosca*, que se publica á fin de año.

EXPLICACION DE LA LAMINA.

Ahí les tienen Vds. sentaditos, celebrando fraternal banquete.

El Divino Tupé, se ha comido al país y procura contentar á sus benévolos enemigos, deudos y compañeros, dándoles á probar algo de lo que ha devorado, que no son tortas, ni pan pintado.

Pero la duda germina en su conciencia y teme la traicion.

No cree en la sinceridad de la benevolencia y tiene sus motivos; porque ésta, debe de ser la espada de Bernardo ó la carabina de Ambrosio, que ni corta ni dispara, pero asusta si se esgrime esta ó si se apunta con aquella.

Si sus enemigos (los más benévolos) fuesen suficientes en poder y número,... á ¡RAPE! dejaban la altiva melena que, parodiando la llama del génio, se cimbreaba en onduloso vaiven, á las biliosas sacudidas del autor de la fusion.

Ocupando el centro de la mesa, disfrazado de Nazareno, cuando su verdadero trage debía de ser el de un débil.... Cirineo, se le vé dirigiendo con compungido acento, la tristísima pregunta, reveladora de la traicion.

Cae esta como campanillazo en alboroto de Congreso, y aquí de las preguntas, indagaciones y miradas para describir el Secreto del Búlgaro. ¿Dónde está el traidor?

Protestas de adhesion, pruebas de cariño, frases de amistad, todo se confunde y se mezcla, promoviendo el tumulto natural en tales casos.

No hay orden verbal para dispersar el banquete y éste continúa en tan lamentable estado, hasta que rendidos, por riguroso turno cada uno espone lo que estima más conducente para patentizar su inocencia.

Principia Albareda: *Gachó, no seas lila. Dime quien es y lo pazo al natural doz veces y d' un volapié.... ¡toro á roar!*

Venancio (Don) *Aquí de mi teléfono. Dimelú en secretu y te diré quien es. ¿Quiéres?..*

El grupo Moret, Sardoal y Beranger; somos benévolos; no servimos para otra cosa.

Leon y Castillo: la dosis de *miéditis-ministerial* no me permite hablar aunque me lo aconsejen.

Martinez Campos: Respondo por mí y por mi llorón.

Castelar: traidor, no! si fuera *evolucion...* me daria por entendido.

Navarro Rodrigo: ningun traidor convida á *thé*.

Y así van siguiendo todos de igual manera procurando manifestar su sinceridad y cariño.

El Maestro de canales, caminos y puertos se engaña: su misma conciencia le hace traicion pues cree que tiene de

su parte á la opinion pública y esta no puede menos de condenar á quien desoye la voluntad de los pueblos, por intereses particulares y rencillas de políticos.

NAVARRO.



ÚLTIMOS SUCESOS

SÍNTOMAS DE LOCURA.

En una reunion democrática que tuvo lugar hace dias en esta capital, el distinguido doctor Sr. Giné, dijo entre otras cosas que «la suspicacia era síntoma de locura, pues los locos desconfían de todo.»

No trato, de ninguna manera, desmentir tal especie; pero sí, de presentar la cuestion, bajo la imparcialidad más absoluta, intentando probar que nuestra locura di-mana, precisamente, de nuestro cabalísimo juicio.

Loco de esperanzas y ansioso de realizarlas el pueblo español puso su fé y su confianza en los pro-hombres de la Revolucion; y despues de tanto tiempo trascurrido y puesto en-práctica sus legítimos ensueños, ha visto, con desencanto sin igual, que se ha venido á parar, poco más ó poco menos á lo que estábamos.

Más loco sería, si aun creyera de buena fé, en la realizacion de sus decantadas libertades. Pero hora es ya de que así no sea, y si para la ciencia médica es loco el qué de este modo piense, para la nacion es cuerdo el que así obra.

No hay duda, que la corriente escéptica que invade todas las conciencias, hace que desconfiemos de todo lo que no se vé; de todo lo que no se toca y de todo lo que no se cuenta; pero este escepticismo tiene clarísima explicacion y poderoso fundamento.

Fijemos, como punto de partida, la religion por ser la base de la Sociedad, para luego recorrer las elevadas instituciones del Estado.

Podremos ser católicos, según la Constitucion, pero descartemos de esta fórmula al individuo y busquemos sus creencias.

Si no nos niega rotundamente los más elevados dogmas de la Iglesia, nos sale al encuentro, lanza en ristre, con infinidad de ejemplos, porcion no corta de datos y multitud de nombres, que en su conciencia han producido la indiferencia hácia todo lo divino y la desconfianza en todo lo humano.

¿Son síntomas de locura, tales ideas, ó es ser cuerdo?

Y no prosigo por este terreno, no sea que por ser loco, me alcance una escomunion, que me ponga en tal estado rematadamente y verde, azul y de otros colores; como esas que han lanzado tan nerviosos como respetables prelados, maldiciendo en partes y en su todo, al hombre, obra de Dios, menospreciando en sus rabieta reumáticas y molestias gotosas, la bondad, la gracia y misericordia divina.



La cena de año próximo.

Repasemos de una ojeada la vida política de nuestros pro-hombres. Recordemos lo que dijeron ayer, para examinar lo que hacen hoy. ¿Piensan como han ejecutado?... ¿ó han obrado como decían?... ¡Contradicción en todo! Cada paso que han adelantado por la senda del progreso, ó han vacilado, por no tener conciencia propia de lo que sostenían, ó han retrocedido por cobardía y debilidad de espíritu.

Han defendido al país encadenado y libre les asustó. ¡Esclavo, les infundió valor para sacarle de las garras que le oprimían y libre temieron que los devorara!

¿O pensaron libertarlo para encadenarlo ellos?...

En uno y otro caso, ¿qué se le puede exigir al país? ¿No es legítima la suspicacia contra sus defensores?

Desde la gloriosa Revolución del 68, se han ensayado sistemas nuevos de gobierno, con malísimos resultados; planes financieros, que han fomentado la decadencia de la industria, narcotizando al comercio; diferentes maneras de ejercer el derecho de elección, y varios modos de administrar justicia: todos estos sistemas, planes, maneras y modos han hecho siempre y por desgracia efecto contra-productivo.

La ley ceñida á la personalidad del gobierno, ha sido árbitro de las circunstancias: la Hacienda ha empeorado en su penosa enfermedad, siguiendo hoy en estado gravísimo y delirando, gracias á los cáusticos medicamentos del (para el caso) inmejorable Camacho: las elecciones, encomendadas á San Exito, sin un voto que legítimamente exprese la libérrima voluntad del ciudadano; la justicia vacilante, torpe, dominada casi siempre por el favor.

¿Qué efectos puede producir tal cúmulo de desdichas al país?... Varios síntomas de locura, según el Dr. Sr. Giné, pues (con sobrada razón) desconfía de los gobiernos, de los hacendistas, de la voluntad nacional y de la Justicia.

Si el sacerdote desoyera cuanto se refiere al cuerpo y solo cuidara de lo que rodea el alma; si el político, en vez de buscar el éxito personal, pensara solo en el bienestar común; y el ministro solo se afanara por la buena administración del país; y el juez en hacer cumplir la ley con recto proceder é inflexible conciencia.... ¿Seríamos suspicaces?... Seguramente que nó.

Nosotros seremos el efecto; pero hay que atacar á la

causa. Es forzoso ser desconfiados para que, vista nuestra desconfianza, se apresuren, los que quieren la estimación popular, ansiando nuestros votos, á regenerarse procurando nuestra radical curación, conduciéndonos por sendas de progreso y tras adelantos positivos á la realización de las sublimes utopías.

Pero desgraciadamente esto no será así y creo que nuestra suspicacia no tiene más remedio que su término; la locura.

Algunos años hace, un sable con cabeza ó una cabeza con sable, dijo: QUE ESPAÑA ERA UN PRESIDIO SUELTO.

Ahora estemos seguros que dentro de algún tiempo más, parafraseando aquella célebre y acuarelada frase y según el aserto del Sr. Giné, podremos exclamar:

ESPAÑA ES UN MANICOMIO SUELTO.

Un Alienado.

LÓGICA DEL NOMBRE.

—¿Donde vá osté tan aprisa, mi compare y zeñó Diego.
—Pus voy á una diligencia: á sacar un documento para librar de la quinta á Custodio... ¡Si es que pueo!..
—¿Y quien ez ese Custodio?...
—Si es mi hijo, zeñó Pedro.
—¿Y porqué se llama así?...
—Por qué fué su nacimiento un Corpus Christi... ¡Por ezol!..
—Y porque ha nacio en Corpus se llama así... ¡Ya entiendo! si le nace en jueves Zanto... le pone ozte... ¡monumentol

NAVARRETE.

PICADURAS.

Ya se han reanudado las Sesiones.

¡Ya tendrán remedio las infinitas crisis que nos amenazan! Esto pensará todo español que crea en la representación nacional. Pues, no Señor: después del interregno parlamentario, volvieron los padres de la patria á las polémicas de siempre, esgrimiendo armas personales en defensa de vergonzosas causas.

Romero Robledo (con gracia; Según Sagasta) delató el pego: el Sr. Conde Xigüena con franqueza de estudiante.

copó. Cánovas echó el resto y Venancio (Don) luchó con la contraria en puerta.

El país hacia las veces de banquero en esta partida y recogió con el rasclete de la crítica, todas las frases del paño de la derecha y de la izquierda, sacando en consecuencia que «á juego prohibido, petardo en puerta...»

¡¡¡ Y morrocotudo que se lo largan al país!!!

Un constitucional probaba que había jugado menos que el Sr. Romero Robledo, diciendo:

—Ni siquiera he jugado á soldadillos siendo niño, ni á húsares cuando adulto.

El Sr. Cánovas pidió la palabra con voz de trueno. Qui-so decir copo y dijo... poco.

No sé qué necesidad había de prodigar con la voz, la dilatación de los pulmones. Como le han dicho Monstruo tantas veces, por fin se lo ha creído. Hoy habla con voz de trueno; mañana se comerá los niños crudos... y lo reventarán!!!

Se ha estrenado en Madrid con mediano éxito la comedia titulada «El Arte de pedir». Si serán los autores (que creo son dos) inocentes.

Que pongan en verso las últimas tarifas y verán que ovacion.

Al pasar por la plaza de San Jaime la virgen de la Soledad, que iba precedida de un lucido acompañamiento: cayó un chaparrón, mayúsculo: decía un congregante:

—Se necesita una fé inquebrantable para soportar el chubasco.

—No; lo que se necesita es un buen paraguas.

Ha fallecido el ex-general Carlista Dorregaray, (q. e. p. d.) Pobrecillo; no pudo presenciar el acto de abdicación á favor del Señorito Jaime y sucumbió!

Sacrilegio n.º 894,237: han robado lo Iglesia de S. Salvador de Piñeira.

NAVARRITO.

CHARADA.

Si primera caliente,
también caliente la terciá;
confortable es dos; y el todo
es:.. ó no es un calavera.

BLANCO.

(La solución en el próximo número.)

IMPRENTA LA RENAISSANCE, XUCUÁ, 13, BAJOS.

MISTERIOS DEL HOSPITAL

NARRACION REALISTA POR EL DOCTOR

EMILIO SOLÁ

vedad, empieza la historia, que voy á contar desde luego; que no me gustan mucho los preámbulos.

El nuevo y admirado reloj señalaba las nueve menos cuarto. No era de noche, ni llovía: todo lo contrario, y además, era sábado. Los sábados son días señalados, para el hospital. Como el reglamento prohíbe la entrada pública en los días festivos, la gente acude numerosa para despedirse de sus parientes y amigos enfermos á quienes no podrá ver hasta el lunes.

Había en el patio central mucha animación. Las grandes escaleras que conducen á los departamentos estaban llenas; una multitud compacta, formada en su mayor parte por mujeres, se hallaba sentada en las gradas esperando que tocasen las nueve para entrar en las enfermerías. Con las mujeres estaban los chiquillos haciendo diabluras, y los restos de la compra estorbando el paso. No faltaban allí hombres de la clase obrera y alguna señorita, que, por cariño ó por compasión se dignaba visitar á su sirvienta ó á su vecina, consolándolas con buenas palabras y algún regalillo de los que el Reglamento no tiene prohibidos.

Sin embargo, nadie hubiera dicho que aquella multitud expectante fuese á presenciar dolores y á enjugar lágrimas y repartir consuelos, porque la algazara que movían unos y otros, desde el primero al último escalon era tanta, que más parecía aquello un intróito de diversion ó fiesta, que grupo humano dispuesto á entrar en sitio de ayés y congojas.

Daba mayor pábulo al bullicio del público, el continuo ir y venir de los practicantes con sus largas batas ó blusas ribeteadas de ungüentos y mugre, el subir y bajar de los hermanos, hermanas y enfermeros de ambos sexos, cargados de botellas, jarros y mil clases de utensilios, las infinitas bromas de un centenar de estudiantes que paseando por el patio, esperaban la visita de las nueve y media, los cantos estravagantes de algún loco que por ser simplemente imbécil ó monomaniaco gozaba de libertad discurriendo por allí con su escoba ó su regadera, los coches que llegaban á la puerta de la oficina conduciendo algún pobre enfermo, y contribuía también á ese totum revolutum el llanto y los exagerados lamentos con que

una mujer expresaba su pena al oír del cura oficinista la sencilla y descarnada frase: «Si señora: ayer noche falleció vuestro marido; no hay más que conformarse y encomendarlo á Dios.»

Los estudiantes ocupaban el patio, recorriéndolo de uno á otro extremo, y recibiendo con fruición el tibio calor que les regalaba un sol de Febrero asaz avaro y mortecino. Algunos formaban grupos para leer un periódico de color subido, otros repasaban sus lecciones, otros hablaban de los bufos y de la importancia social de las llamadas suripantas, otros discutían sobre el darwinismo entonces de moda, y otros se entretenían en la ridícula tarea de echar pipos de mal gusto á ciertas mujeres, con frases rebuscadas y flamencas, de cuya molesta lluvia no se libraban ni las honestísimas y ascéticas hermanas del Hospital que habían de pasar rozando con aquellos pequeños tenorios del Colegio de Medicina.

Sonaron las nueve; un remolino humano sacudió la escalera que conduce al departamento de hombres; otro igualmente impetuoso se inició en la de las mujeres, y todo el mundo entró en las enfermerías.

Ambas escaleras quedaron casi desiertas. En el patio continuaba disperso el numeroso grupo de los alumnos que esperaban la visita de Clínica médica, grupo que insensiblemente fué creciendo y animándose, en sus diversas partes.

Había entre los estudiantes tres jóvenes que examinaban con curiosa atención una puerta muy vetusta y rajada que cierra un antiquísimo establo ó corral del patio, cerca de la entrada de la capilla. Las injurias del tiempo y de los hombres habían desvencijado la madera, y en los trozos de tabla todavía lisos y enteros pintados de color que quizá había sido verde, se destacaban algunas líneas hechas con yeso, cuyos trazados eran á todas luces parto de infantil travesura. Uno de ellos representaba un guerrero, pero todo un guerrero de muchacho, con su celada de cuadros, su espada hecha con dos rayas en cruz, sus manos de pincel, su bigote de sanguijuela y sus piernas de alambre; mas abajo había un oblongo con cuatro prolongaciones inferiores á modo de patas, un disco irregular en un extremo y una cola en el otro, cuya figura, aun cuando el tierno pintor hubiese acompañado de la consabida frase: «esto es un burro» trabajo le hubiera costado al menos idem adivinarlo siquiera; en otros sitios de la puerta, los muchachos, ó quizá los grandullones habían escrito con pésima letra algunas palabras del repertorio soez, que no

trasladamos aquí porque el Diccionario de la Academia no las pone ó no las recomienda.

Pero no era todo esto lo que tanto atraía á nuestros tres estudiantes: en medio de aquella confusión de muñecos, rayas y disparates, se veía claramente la siguiente fórmula:

A+C=9.

La letra era evidentemente de mujer, y se conocía, por la consistencia del yeso, que el escrito era reciente, al revés de los mencionados diseños casi borrados por las lluvias y el polvo.

El más joven de los estudiantes que contemplaban con extrañeza este geroglífico, tenía 20 años; se llamaba José Sales, era flaco, estirado y ligeramente barbudo. En su rostro, ni feo ni hermoso, se pintaba una vivacidad extraordinaria; hablaba mucho y rápidamente, así es que sus palabras se atropellaban unas á otras quedando mal trechas é incompletas, falta grave que los consejos de sus amigos no pudieran curarle jamás.

Tenía más talento que aplicación y sabía aprender la sustancia de los libros desdeñando todo lo sutil y engañoso, cosa que muchos catedráticos no suelen hacer, aunque podrían hacerlo. Pulcro en el vestir, era no obstante poco esclavo de la moda si bien gastaba la mitad de sus haberes en guantes desde el Noviembre al Abril. No se le conocían vicios, ni ambiciones, ni queridas.

Alejandro Puente, que se hallaba con Sales examinando la fórmula, contaría unos 24 años; rostro simpático, redondo y linfático, patillas rubias á la inglesa, nariz roma con pretensiones de chata y ojos lánguidos y dulces, desgraciadamente orlados de rojo por efecto de una congestión inveterada, de raza escrofulosa. Iba metido en un sobretodo felposo y largo, de color ceniciento, y cubría su esférico cráneo con sombrero de copa, algo abollado en ciertos puntos, pero de forma elegantísima. Alejandro Puente, era el alma de los cafés, de las reuniones de chispa y de los alborotos estudiantiles. Rico y bien emparentado, desdeñaba el dinero, no conocía el orgullo y mas bien alternaba con sus compañeros pobres, que con los que iban al aula repleto el bolsillo. Poseía un talento fenomenal y lo derrochaba como cosa baladí. Algunas veces, sus compañeros le habían visto abandonar todo lo relativo á la Medicina para pasarse días enteros leyendo las obras de Montesquieu, ó las difíciles páginas de Augusto Comte, ó los interesantes trabajos que las artes arquitectónicas deben á Viollet-